

¿QUÉ ES SER HISTORIADOR?

ÁNGEL RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

Me gustaría que todos los años no se nos hiciera la misma pregunta y que cada año pudiésemos ofrecer respuestas distintas; pero la monotonía y reiteración de la pregunta, y **¿ahora qué?**, condicionan respuestas para salir del paso: **ahora ha de hacerse la tesis doctoral** y, al tiempo, **ha de adquirirse experiencia docente** y, luego, **se ha de publicar** y, siempre, **trabajar y esperar**. Quienes formulan la pregunta son titulados superiores en disposición de iniciar una andadura universitaria que hoy significa ser un docente y un investigador científico.

En el caso del científico social que es el historiador, la pregunta y la respuesta obligan a una reflexión delicada sobre una cuestión que todos formulamos alguna vez: **¿qué es ser historiador?** Si es simplemente un universitario, doctor, docente e investigador trabajador y esperanzado, la cuestión ya está respondida; pero si el historiador es un científico social que «ha de reinventar el futuro», definiendo de nuevo objetivos que hay que alcanzar, que ha de construir «un nuevo proyecto social»¹, la pregunta exige una actitud bien distinta y un decidido interés por intentar contestarla.

El punto de partida no es fácil porque existen quienes «por razones estrictamente lógicas», están seguros de que «nos es imposible predecir el curso futuro de la historia». Esta seguridad exige «rechazar la posibilidad de una historia teórica», porque «no puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica»².

Parece evidente que **inventar y proyectar el futuro** no es un trabajo de predicción; el historiador no es un adivino que desde perspectivas teóricas y experimentales se atreva a afirmar que, en determinadas condiciones y dándose precisos fenómenos, vaya a ocurrir tal o cual cosa.

Inventar y proyectar el futuro significa otra cosa bien distinta: **comprometerse con la realidad del presente**, recomponiendo «una visión crítica que explique correctamente las razones de la pobreza, el hambre y el paro, y que nos ayude a luchar contra la degradación de la naturaleza, el militarismo, la amenaza atómica, el racismo y tantos otros peligros»³.

¹ FONTANA, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 247-263.

² POPPER, K.R., *La miseria del historicismo*, Madrid, Taurus-Allianza, 1973, pp. 11-12.

³ FONTANA, J., *op. cit.*, p. 262.

Este compromiso ha de ser **responsable y personal** y la actitud del historiador cabe bien en los tres principios enunciados por Popper y sintetizados por Miguel A. Quintanilla en dos reglas ⁴.

•**Primera regla:** El científico debe, ante todo, esforzarse por cumplir su tarea específica, tarea que consiste en **descubrir la verdad** y para la cual es imprescindible el respeto a la **tradición científica** y el cultivo de una **actitud continuamente crítica** frente a las teorías que a él mismo o a sus colegas se les ocurran.

•**Segunda regla:** El científico debe preocuparse y debe prevenir a los demás de los posibles peligros que puedan derivarse de sus descubrimientos científicos, así como del posible mal uso que se haga de ellos».

El historiador es un científico que **busca la verdad** ⁵ y que utiliza la **intuición** para precisar y reanimar los acontecimientos del pasado. Esta tarea, en la que el historiador «aspira fundamentalmente a comprender» ⁶, pretende extraer la verdad de un examen exhaustivo de toda la documentación disponible ⁷. Ello exige la **elección** y la **organización de la búsqueda**. Febvre, que definió la **historia como elección**, vio al historiador como un científico que «parte con un proyecto preciso en la mente, con un programa que ha de resolver, con una hipótesis de trabajo que ha de verificar» ⁸. El historiador huye pues del azar, no es un buscador de despojos que se entretiene en el examen de restos llamativos y aislados, **tiene proyectos y sospechas, intuiciones y evidencias** que le permiten, como ha señalado Bloch ⁹, reconstruir un crimen del cual no ha sido espectador.

Es a través de los proyectos y de las intuiciones como conocemos y aprehendemos el pasado; pero como quien proyecta, sospecha e intuye es el historiador, **historiar no es más que interpretar** ¹⁰ desde el hoy, dominando y comprendiendo el pasado. Historia es lo que hace el historiador, lo que selecciona, proyecta, intuye y sospecha el historiador. Toda historia es, pues, moderna o contemporánea, dependiendo de la terminología que se acepte; y, al tiempo, es un tesoro que respeta la **tradición científica**, la experiencia humana acumulada, a la que se añade la particular visión y el compromiso del historiador que la escribe ¹¹.

Pero esta visión ni es unitaria, ni es estática: no existen dos historiadores idénticos, no pueden darse dos posiciones iguales de dos historiadores distintos ante el mismo documento; tampoco existe un historiador que mantenga, sin cambios a lo largo de su vida,

⁴ QUINTANILLA, M.A., «La responsabilidad social del investigador científico», *Sistema*, 22, 1978, pp. 107-108.

⁵ BERR, H., *La síntesis en Historia. Su relación con la síntesis general*, México, Uteha, 1961, pp. 231-232.

⁶ REGLÁ, J., «Notas sobre el concepto actual de la Historia», *Revista de Occidente*, 37, 1966, p. 22.

⁷ CLARK, G., «La historia y el historiador moderno», en *Historia del Mundo Moderno*, I, Barcelona, R. Sopeña, 1970, pp. XV-XXXVIII.

⁸ FEBVRE, L., «De 1892 a 1933. Examen de conciencia de una historia y de un historiador», *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 22.

⁹ BLOCH, M., *Introducción a la Historia*, México, FCE, 1970.

¹⁰ CARR, E.H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 33-34.

¹¹ MAES, L.T., «Los prejuicios y su influencia en la enseñanza de la Historia», *Proyectos y Análisis*, 157, 1974.

concepciones y actitudes acerca de la ciencia que practica ¹². Y es que «toda concepción histórica es relativa al tiempo en que se formula» ¹³; es decir, que el historiador, se sienta o no se sienta comprometido directamente con su presente, produce concepciones adecuadas a cada tipo de realidad que le toca vivir, porque la realidad es cambiante y el historiador también. Ha de pedirse a cada historiador «que se coloque bajo su propio bistori», que nos muestre con absoluta sinceridad **qué realidad vive, qué piensa sobre ella, qué compromiso mantiene y qué gradaciones** ha ido alcanzando, escalando o atravesando, para **ser el historiador que es hoy y no otro** ¹⁴. Esta **conversión de sujeto investigador en objeto investigable**, ayudaría a entender qué «necesidades» y qué «vanidades» ¹⁵ afectan al discurso de su oficio de historiador y en qué medida gravan su conceptualización de la realidad y los métodos que emplea para analizarla e interpretarla. En definitiva, se ha de observar el conjunto de necesidades de cada historiador y cuáles son y han sido sus aspiraciones. En un plano estrictamente universitario, importa conocer **qué tesis doctoral hubo de realizar, qué quiso investigar y qué pudo publicar a continuación**.

Cada elección es una decisión que no siempre toma el historiador; unas veces es imposición de otro; otras, es una elección sugerida por la moda; las más de las veces interviene el interés del historiador. Esto último es, afortunadamente, lo más frecuente y, el apasionamiento con que el historiador sigue su propio interés, **sí que determina la especialización**.

NECESIDADES

Algunos historiadores se han atrevido valientemente a explicar cómo llegaron a serlo. Tomaré tres ejemplos **próximos**, cuya representatividad sólo se basa en una valoración optimista de su **sinceridad** y en el **prestigio intelectual** que actualmente poseen.

—**Pierre Vilar** presenta una **itinerancia** a través de la **necesidad** bien significativa: su generación, hacia 1925-1930, «que había optado por estudiar historia», entra en la investigación geográfica de la mano de Max Sorre. Tal vez si hubiese conocido antes a Febvre, Bloch y Lefebvre, hubiese tratado de convertirse en historiador; pero su salida de la geografía en buena parte se debió a la **casualidad**: leyendo a Demangeon descubre a Mantoux y a través de éste a Marx.

Así entró en la historia: por **vocación**, «que no significa atracción del pasado sino voluntad de captar mejor el presente», por **instinto** «me alineaba junto con el Lucien Febvre de la **Franche-Comté** y de **La terre et l'évolution humaine** para afirmar la realidad del **Zusammenhang**, de la interacción continua entre la tierra y el hombre, entre la geografía y la historia», y por la **duda**, «todo remitía a la historia. Las posibilidades geo-

¹² LASLETT, P., «Algunas consideraciones sociológicas sobre el trabajo del historiador», en **El método histórico. Conversaciones internacionales sobre historia**, Pamplona, Eunsa, 1974, p. 18.

¹³ REGLÁ, J., **Introducción a la historia. Socioeconomía, política, cultura**, Barcelona, Teide, 1975, p. 19.

¹⁴ WHITE, L. T., «Historia y clavos de herradura», **El taller del historiador**, México, FCE, 1975, p. 71.

¹⁵ ROBERTSON, D., «Cfío en el Nuevo Mundo», *ibid.*, p. 137.

gráficas no tenían interés».

Luego, los acontecimientos contribuyeron a dotarle del **compromiso**: la guerra de España, la guerra mundial y el cautiverio, acabaron por hacerle historiador ¹⁶.

—**Carlo María Cipolla**, «de ojos azules y constitución frágil», al acabar sus estudios secundarios, «ni tenía la menor idea de qué era la historia económica», ni «sabía siquiera que existiese tal materia». Estudiante de ciencias, comienza políticas en la Universidad de Pavía donde conoció un profesor competente de historia moderna que «vivía en Nápoles» y del que sólo recibió doce clases en dos años. «Pero había otro historiador más cerca»: el profesor Borlandi enseñaba en la Universidad de Génova y vivía en Pavía. O sea, al revés que el historiador modernista y, para Cipolla, una feliz **casualidad**.

Cipolla se hizo **aprendiz de historiador** gracias a su amistad con Borlandi y a que no fue a la guerra «gracias a mi débil constitución y a mi fuerte determinación de evitar a toda costa el servicio militar». De la mano de Borlandi entró en los archivos y aprendió **demografía**, luego descubrió series monetarias y empezó a publicar. La **casualidad** y Borlandi habían conseguido fabricar un historiador ¹⁷.

—**Jacques Le Goff** inició con la historia una relación aburrida y vigilada por la **memorización** y por el **manual**. El aprendizaje de la monolítica historia oficial en Toulon y Marseille, avisó a Le Goff de la existencia de «otra historia» que no podía definirse como «saber muerto». Henri Michel y Pierre Guiral le **enseñaron** «que el presente podía esclarecer el estudio del pasado» y que la historia podía concebirse primeramente «como un fenómeno de sociedad». La historia podía ser pensar la sociedad.

La **preocupación** por ingresar en los estudios superiores sólo se satisfacía con la memorización; pero la **inquietud** le llevó a realizar lecturas «exteriores»: Bloch, Febvre, Gernet, Carcopino, Aymard, Perrin y Labrousse, empezaron a compensarle del desencanto que le produjo la Sorbona, donde nada había cambiado y donde la indiferencia, la erudición y el aislamiento intelectual mantenían vivo el positivismo.

Es la preparación de la agregación lo que acabó definiendo al historiador: **conocer a Braudel** significó encontrar la «historia grande y profunda» y, al llegar a Amiens para ejercer la docencia, tener ya conciencia de que había que reforzar el curso de la agregación y que era preciso enseñar la nueva historia a sus alumnos ¹⁸.

Cada vez que un historiador reflexiona sinceramente sobre cómo llegó a serlo, se encuentra con casualidades, instintos, dudas, inquietudes, acontecimientos y, siempre, maestros inolvidables. El orden de la serie no significa nada, pero la serie sí sugiere el proceso de la vocación en la que los deseos, la atracción, las aptitudes y la libertad, pesan extraordinariamente. Y envolviéndolo todo, la **necesidad**: la tesis, la preparación de clases, las conferencias, los concursos y los congresos; y cada vez, una elección, una decisión.

A veces, la necesidad ha permitido encasillar al historiador y este aprisionamiento

¹⁶ VILAR, P., *Cataluña en la España Moderna. Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, Barcelona, Crítica, 1979, I, pp. 9-49.

¹⁷ CIPOLLA, C.M., *Fortuna plus homini quam consilium valet*, en *El taller del historiador*, México, FCE, 1975, pp. 88-98.

¹⁸ LE GOFF, J., «Une pratique de l'Histoire», *Histoire*, 1, 1979, pp. 131-137.

siempre ha sido actuación de otros. La identificación autor-obra fija al historiador, casi siempre, en un tiempo inoportuno y significativo. Decir Fevre es asociar su nombre a Combates, Braudel es el Mediterráneo, Vilar es Cataluña... Los ejemplos que podrían acumularse conformarían sólo en este siglo un enorme catálogo; pero no se trata aquí del número, sino de los **problemas**. Éstos comienzan cuando se pretende averiguar por qué el Fevre de Combates no es el mismo de Lutero o Rabelais; por qué Braudel sale del Mediterráneo y entra en la civilización material; qué ocurre para que Vilar abandone Cataluña y anuncie estar convencido de que la historia está por construir.

El historiador no es siempre el mismo, no elige siempre el mismo tema, huye de la inevitable reducción que le encasilla y etiqueta, y busca trascender la prisión en la que le hemos pretendido encerrar los otros.

Pero para los más, **los historiadores siempre son lo mismo**. Cada vez que decimos «modernistas» etiquetamos al historiador; lo mismo hacemos cuando le llamamos «demógrafo», «economista», o cualquier otra cosa. Le **domiciliamos** «casi en el sentido policíaco del término»¹⁹.

Ocurre que sin darnos cuenta nos hemos habituado a calificar «necesidades» parando nuestro reloj en un tiempo concreto, generalmente pasado, que no se corresponde con cada realidad fugaz e inaprensible; y, lo que es más peligroso, hemos entendido que las conceptualizaciones y los métodos deben o no deben aceptarse en función del **domicilio** en el que tenemos encerrado al historiador.

Sin embargo, desde hace tiempo, los historiadores han comenzado a liberarse de estas ataduras, han comenzado a trascender «necesidades» y «vanidades», llegando a descubrir a los que «en la historia siempre han carecido de voz»²⁰: la **multitud**, el **número**, la **estadística**, han servido para que, además de los historiadores, los economistas y sociólogos, los psicólogos y lingüistas, los filósofos y geógrafos, digan **qué tenemos que hacer, cómo tenemos que actuar y qué historia debemos escribir**. Parece como si, entre todos, quisieran **delimitar el territorio del historiador** y evitar que éste desempeñe su papel de intérprete de sociedades concretas. Y es que la multitud nos ha revelado el gigantismo de la vida, de la complejidad todavía inexplicada; el número nos ha avisado del peligro de la deshumanización y, al tiempo, nos ha enseñado evidencias rigurosas; la estadística, nos ha acostumbrado a revisar tópicos, a desecharlos, a perfeccionar las antiguas imprecisiones y a construir escalas que nos permitan abordar límites de antes.

Gracias a la necesidad el historiador es quizás el único científico que tiene una visibilidad concreta de la «ubicua red opresora»²¹; y es la necesidad de cada instante, de cada realidad concreta, la que **motiva e ideologiza** al historiador, la que le «estimula intelectualmente» y hace muy difícil la «neutralidad ideológica»²². El historiador no es un narrador que «repite» los hechos; su función es interpretarlos des-

¹⁹ CHESNEAUX, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, México, Siglo XXI, 1977, p. 92.

²⁰ LEVINE, L.W., «El historiador y la brecha de la cultura», *El taller del historiador*, p. 342.

²¹ BLANCO, J.J., «El placer de la historia», *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980, p. 80.

²² PEREYRA, C., «Historia, ¿para qué?», *Ibid.*, p. 17.

de su propia formación personal y disponiendo de los medios necesarios²³. El historiador «es un hombre que trabaja y piensa desde su tiempo y desde su personal modo de interpretar la realidad. Su quehacer no es inocuo, inocente o simplemente adorno inútil de una cultura de salón, sino un trabajo vivo y conectado con el presente»²⁴.

VANIDADES

Parece admitirse que «cualquiera puede llamarse historiador», que «cualquiera puede añadir marxista», que «cualquiera puede calificar de marxista cualquier cosa» y, sin embargo, «nada más difícil y raro que ser historiador, salvo ser historiador marxista»²⁵. Si se sustituyese marxista por cristiano, alcanzaríamos idénticos niveles de dificultad y de rareza y también de salvedad. Y lo mismo sucedería con cualquier otro famoso apellido. He aquí la **ideología** y la íntima **vanidad** de declararla. Parece como si a los historiadores les produjese contento la utilización de apellidos matizadores; **no les basta con ser historiadores** y les ocurre un poco lo que a los clérigos que denunciaba Erasmo en su **Elogio de la locura**, que no les basta con ser cristianos y que han de distinguirse unos de otros por los nombres de sus órdenes, por sus hábitos y por sus vanidades.

«Que no todas las naciones —decía la gran reina de la verdad— tienen numen para la historia. Aquellos por ligeros fingen; estos otros, porque llanos, descaecen, y así las más destas plumas modernas son chabacanas, insulsas, y en nada eminentes. Veréis muchas maneras de historiadores: unos gramaticales, que no atienden sino al vocablo y a la colocación de las palabras, olvidándose del alma de la historia; otros cuestionarios, todo se les va en disputar y averiguar puntos y tiempos; hay anticuarios, gaceteros y relacioneros, todos materiales y mecánicos, sin fondo de juicio ni altanería de ingenio»²⁶.

Bastaría cartografiar la actual actividad de los historiadores para que apellidos, hábitos y vanidades se nacionalizasen²⁷: por si la domiciliación no fuese suficientemente precisa y significativa, nuevas categorías y jerarquizaciones encierran aún más al historiador. La especialización y la subespecialización, el academicismo y el espíritu gregario²⁸, sin crítica, contribuyen poderosamente a hacer imposible la **imparcialidad**. Toda imparcialidad es por lo menos tan difícil de conseguir como la llamada Historia Total; **tender a ambas exige adoptar una posición** que evite, aunque sólo sea por un momento, parecernos «al hombre que vaga por un bosque, golpea los árboles, los toca, huele su aroma,

²³ ARTOLA, M., «En torno al concepto de historia», *Revista de Estudios Políticos*, 99, 1958, p. 182.

²⁴ TOMÁS Y VALIENTE, F., «Pasado y futuro de los partidos políticos. A propósito de un libro de Miguel Artola», *Sistema*, 9, 1975, p. 127.

²⁵ VILAR, P., «Historia marxista, historia en construcción», en *Hacer la Historia*, I, Barcelona, Laia, 1978, p. 179.

²⁶ GRACIÁN, B., *El Criticón*, parte II, Crisí IV, p. 721, ed. de Arturo del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1967.

²⁷ Véase como ejemplo *La Nouvelle Histoire*, París, CEPL, 1978, dirigido por Le Goff, Chartier y Revel. También IGGERS, G.G., *New Directions in European Historiography*, Wesleyan University Press, 1975, especialmente las pp. 43-122.

²⁸ CHESNEAUX, J., *op. cit.*, pp. 21, 23, 80, 81, 82 y 90.

contempla los troncos y las raíces, pero no consigue captar una cosa, el bosque mismo»²⁹. He aquí la clave que permite corregir la vanidad: el historiador tiene que tender a la imparcialidad desde una **posición científica** que empiece por reconocer humildemente que **cada posición es rebasable** y que, como científico de una realidad concreta, su punto de vista quedará irremediabilmente desfasado. El historiador ha de ser consciente de que siempre existirá otro historiador capaz de ocupar una posición más elevada que la suya, con más perspectiva y horizonte, con más graduación de imparcialidad³⁰. No existen, pues, **obras definitivas ni historiadores irremplazables**; lo que verdaderamente existe es la obra construída desde una posición concreta, con perspectivas y horizontes definibles, por un historiador que, consciente o inconscientemente, camina hacia la consunción³¹. Quizás por ello sea preciso revisar la proposición de Cipolla:

«No se aprende a ser historiador rumiando el alimento que ya ha sido digerido por otros estudiosos. Tampoco se aprende a pensar y escribir con un concepto de la historia enfrentándose a problemas abrumadoramente grandes, que fácilmente pueden mover a una inteligencia joven e inexperta a hacer generalizaciones superficiales»³².

También así se aprende a ser historiador, porque éste es un aprendiz, «no es el que sabe, sino el que investiga, y por tanto, el que discute las soluciones ya obtenidas y el que, cuando hace falta, revisa los antiguos procesos»³³. Sólo por utilidad: si lográramos captar las **emociones** que el historiador vierte en su obra, aprenderíamos todos rápidamente **qué es la evolución y qué juego la inspira**. Un lector crítico, simple y «atento observador de todos los impulsos», señalaría muchos ejemplos de **conversiones** desde lo que vengo denominando necesidad a lo que, por posterior, puede interpretarse como vanidad. Bastaría registrar los pasos que se han dado de la vieja historia a otra nueva, de los acontecimientos a las motivaciones, y los recorridos que se han hecho en busca de lo singular³⁴ y los esfuerzos, a veces muy costosos, que tratan de «reunir una infinidad de índices dispersos»³⁵.

Estas conversiones sin sin duda positivas y aleccionadoras y ayudan a percibir qué camino ha seguido el historiador y qué intenciones tuvo; no puede deberse a la casualidad ni a la vanidad **cambiar de lo real a lo imaginario**³⁶, porque este enorme salto exige una elección meditada. El paso de lo económico a lo social, y de lo social a lo mental, registra una potencialidad que anima al historiador a variar continuamente sus concep-

²⁹ SCHAFF, A., *Historia y verdad*, Barcelona, Crítica, 1976, p. 340.

³⁰ *Ibid.*, p. 339.

³¹ BROCHIER, J.J. y PIERRE, M., «L'exercice de la liberté», en *Le style et la morale de l'histoire*, dossier de *Magazine Littéraire*, 189, nov. 1982, pp. 19-25.

³² CIPOLLA, C.A., *op. cit.*, pp. 90-91.

³³ FEBVRE, L., *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rebelais*, México, Uteha, 1959, p. 1.

³⁴ FOUCAULT, M., «Nietzsche, la Genealogía, la Historia», en *Microfísica del Poder*, Madrid, Ediciones de Piqueta, 1978, p. 7.

³⁵ DUBY, G., «La Edad Media», en *La Historia hoy*, Barcelona, Avance, 1976, p. 253.

³⁶ LE ROY LADURIE, E., «L'argent, l'amour et la mort en pays d'Oc», Paris, Seuil, 1980; DUBY, G., *Le chevalier, la femme et le prêtre. Le mariage dans la France féodale*, Paris, Hachette, 1981.

tos, como resultado de las preguntas que se formula. Así, cuando Maravall espera poder sostener que «el pensamiento utópico puede ser cualquier cosa, menos una fantasía ineficaz, inoperante»³⁷, nos conduce a la evidencia de que **una utopía es un proyecto social** realizable; cuando Foucault nos anima «a percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia —los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos—»³⁸, nos está pidiendo **penetrar en el alma de la historia** y, para progresar en una de las pocas líneas que merecen la pena, convertimos en un «entraîneur d'âmes»³⁹. Y para lograrlo se necesita **imaginación**, que no es la adivinación que señalaba Mommsen, ni el presentimiento que discurría Burckhardt, sino una permanente actitud humanista anclada y comprometida con la realidad que vivimos⁴⁰. Imaginar, por tanto, no es soñar imposibles, ni adivinar futuros, ni presentir acontecimientos; **imaginar es proyectar** desde cada posición, teniendo en cuenta que todas son respetables y que sólo se diferencian por el nivel de perspectiva que han alcanzado y por los horizontes que abren y descubren. **Imaginar es trabajar en libertad.**

LIBERTAD

«Ha llegado la hora de decir muy alto»⁴¹ que el historiador no es un narrador de felices acontecimientos que llenen agradablemente el ocio de los demás, ni tampoco tiene que ser un animador que ayude a perpetuar la «endogamia profesional»⁴² volcándose sobre «minorías cultivadas»⁴³ que, por estar iniciadas, se mueven cómodamente en el lenguaje del historiador. Hay que ponerse **de cara al viento** y reconocer que llevamos ya, un cierto tiempo, «viajando en el carro de los estudios interdisciplinares»⁴⁴ sin reflexionar suficientemente por qué y sin saber todavía «si la historia carece de mensaje, de valor, independientemente de sus ciencias asociadas, o no»⁴⁵.

Han de plantearse problemas y han de formularse hipótesis⁴⁶ desde la libertad y desde la vida misma: hay que releer y asumir de nuevo el horizonte abierto por Febvre, Vicens y Reglá⁴⁷, y plantearnos de una vez por todas si estamos contentos

37 MARAVALL, J.A., *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 3.

38 FOUCAULT, M., *op. cit.*, p. 7. También en *Le système Foucault, dossier de Magazine Littéraire*, 101, 1975, pp. 6-33.

39 FOSSIER, R., «Les trois temps de l'oeuvre», *Magazine Littéraire*, 189, nov. 1982, p. 26.

40 TREVOR-ROPER, H.R., «History and Imagination», en *History & Imagination. Essays in honour of H.R. Trevor-Roper*, London, G. Duckworth, 1981, pp. 368-369.

41 TUÑÓN DE LARA, M., «Introducción», *Historia de España*, I, Barcelona, Labor, 1980, p. 11.

42 CHESNEAUX, J., *op. cit.*, p. 88.

43 LASLETT, P., *op. cit.*, p. 30.

44 ZELDIN, T., «Historia personal e historia de las emociones», *Revista de Occidente*, 15-16, 1982, p. 163.

45 *Ibid.*, p. 164.

46 FEBVRE, J., «De cara al viento. Manifiesto de los nuevos Annales», en *Combates...*, pp. 59-71; VICENS VIVES, J., «Hacia una nueva Historia de la Humanidad», vol. I de la *Historia General de las Civilizaciones*, Barcelona, Destino, 1969, pp. 15 y ss.; REGLÁ, J., «Notas sobre el concepto actual de Historia», *Revista de Occidente*, 37, 1966.

en el domicilio que habitamos, si merece la pena modificar sus suelos y paredes, si es conveniente cambiar el mobiliario, si es preferible mantener la pesada hipoteca que grava nuestro oficio, o si es conveniente reclamar al casero. El historiador, que pertenece a una sociedad concreta, ha de ser un crítico «de los mandarines que están al servicio de un orden social establecido»⁴⁸, ha de explicar la permanencia de esa gigantesca memoria que registra los encasillamientos definitivos y ha de denunciar a quienes tratan de fijar un «techo de valores»⁴⁹ a su imagen y semejanza. El historiador ha de **seguir insistiendo todavía más** en la denuncia del «complejo de cuatro principios»⁵⁰ que le ha privado de libertad y ha contribuido a encerrar su trabajo entre cuatro paredes. Tal como ha señalado Eiras Roel, el historiador actual no puede quedarse atrapado por el **humanismo** incomprometido, por el **individualismo** que desconoce lo social, por el **nacionalismo** que encierra la xenofobia y por un **tradicionalismo** que se aferra a la confusión del progreso con la moda que ha de pasar.

Ser historiador empieza por mirarse a sí mismo⁵¹ y, desde la sinceridad, desde el compromiso, **trabajar**.

⁴⁸ LINZ, J.J., «El efecto liberador de la ciencia en la vida social», *Once ensayos sobre la ciencia*, Madrid, Rioduero, 1973, p. 218.

⁴⁹ JIMÉNEZ BLANCO, J., «Sobre el papel social del científico», *Once ensayos sobre la ciencia*, Madrid, Rioduero, 1973, p. 176.

⁵⁰ EIRAS ROEL, A., «La enseñanza de la Historia en la Universidad», *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Rioduero, 1976, pp. 188-189.

⁵¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Evolución del pensamiento histórico en los Tiempos Modernos*, Madrid, E.N., 1974, p. 8.